

nes para adquirir otra vez la preponderancia perdida; aquella mitología complicada, aquel olimpo abigarrado carecía de influencia y prestigio, porque no podía ser estable ni permanente. Euhemero acabó de hundirla probando por medio de las inscripciones sacadas de los mismos templos, que aquel politeísmo representaba á los hombres divinizados, y por lo tanto todas las religiones eran falsas en su esencia; no eran más que sectas crueles por los sacrificios y ridículas por las ofrendas, evocaciones é imposturas... Hasta aquí ¿qué conflicto registra la historia? Ninguno ciertamente. El politeísmo ya desacreditado se hundió por su misma falsedad y ninguna importancia; cedió, bien á pesar suyo, el campo á la verdadera Religión, y después de un último y postrer esfuerzo, por medio de crueles sacrificios y horrendos asesinatos, terribles martirios y destructoras persecuciones, quedó para ser juzgado por la historia. Mientras tanto la *ciencia* en la parte de los conocimientos humanos que podía dársele este nombre, porque los estudios de las *ciencias* experimentales y de observación todavía no alcanzaban la categoría de tales, continuó su camino al amparo del Cristianismo y de la tradición, como tendremos ocasión de estudiar en los capítulos siguientes.



CAPÍTULO V

EL CRISTIANISMO Y SUS CONSECUENCIAS

Generalidades.—La humanidad.—La ciencia entre los griegos.—Nacimiento de Cristo.—Antigüedad del judaísmo.—El dogma cristiano es el único verdadero.—El Evangelio.—Tiberio.—Muerte de Jesús.—Los Apóstoles.—Las catacumbas.—Comienza la decadencia de Roma.—Emperadores que se degradan.—Primeras persecuciones.—Constantino protege la Iglesia de Jesucristo.—La cuna de la ciencia moderna no fué el Museo alejandrino.—Las persecuciones aumentan el número de cristianos.—El Cristianismo mejora las costumbres.—Roma y Constantino.—Constantinopla.—La Iglesia católica no es hostil á la ciencia.—Los Pontífices y los Prelados han protegido la ilustración de los pueblos.—La Iglesia católica impulsa el progreso estético é industrial.—División del imperio.—Juliano.—Joviano.—Valentiniano.—Valente.—Graciano.—Teodosio: su reinado.—Se divide el imperio entre Arcadio y Honorio.—Irrupción de los bárbaros.—Estilicón.—Alarico.—Ataulfo: se casa con Placidia.—Sigerico.—Walia.—Constancio.—Gáina.—Antemio.—Pulqueria.—Teodosio II.—Guerra de Persia.—Valentiniano III.—Acio y Bonifacio.—Atila.—Pulqueria se casa con Marciano.—Honorio ofrece su mano á Atila.—Segunda invasión.—Batalla de Chalons.—Vuelve Atila.—Se casa con Ildegunda.—Muere por los excesos de la boda.—Asesinato de Acio.—Muere el monarca.—Máximo emperador.—Genserico.—Avito.—Mayoriano.—Los Bagaudos.—Ricimero.—San Severo.—Egidio.—Olibrio.—Julio Népoté.—Orestes.—Augustulo.—Odoacro.—El Senado Romano abdica el imperio del mundo.—Reflexiones acerca los acontecimientos de esta época, los progresos del Cristianismo, los descalzamientos científicos, los Santos Padres, las herejías y los conflictos que todo esto haya podido acarrear entre la Religión católica y la ciencia empirica.



AMOS á recorrer la gloriosa época en que apareció el *Redentor del mundo*, para predicar la nueva Religión que regeneró á la humanidad. Estamos, pues, en el terreno verdadero, donde comienza el Cristianismo su santa misión evangélica, y en este terreno procuraremos demostrar, *que entre la Religión católica y la ciencia no existen conflictos; ó bien, que los conflictos del señor Draper, y el materialismo y positivismo modernos no tienen razón de ser ante la historia y la ciencia.*

La historia de la ciencia en sus continuas evoluciones, ha dicho un pensador contemporáneo, es un poema sublime, cuyo fondo se halla en la humanidad apreciada por la naturaleza.

Con efecto, la historia de los humanos conocimientos representa una serie no interrumpida de oscilaciones y controversias, que vienen á sucumbir ante un materialismo que quiso sobreponerse á las leyes de la razón y del espíritu.

Empero ¿hemos llegado á conocer estas leyes con sus modificaciones, para que podamos definir con probabilidades de exactitud, lo que se debe entender por ciencia? ¿Se ha alcanzado la meta de los conocimientos que

se pueden adquirir, así prácticos como teóricos, experimentales ó metafísicos, para señalar un límite al principio de lo que llamamos progreso indefinido? ¿Deberemos buscar, acaso, este progreso en la caída del primer hombre y en sus virtudes sociales, morales, científicas y artísticas? Y, si po es dado señalar un término fijo, si sus adelantos y descubrimientos han de continuar en la serie de los tiempos, si todos los días nos regocijamos con un nuevo instrumento ó un moderno aparato que permite ensanchar el campo de nuestras investigaciones empíricas, si á cada momento se anuncian principios desconocidos que afianzan más y más la moral ó el derecho, ¿cuál será entonces lo que ha de constituir la *ciencia*, como ley suprema, verdadera, evidente y real?

La palabra *ciencia* tiene para algunos cierta elasticidad, y representa conceptos diferentes, según el objeto y fin que se propone una escuela ó un determinado autor. Consultad los Dicionarios y veréis demostrada esta verdad. Hé aquí la razón por que andamos con timidez al fijar una definición concreta, que abraza el conjunto de los conocimientos humanos en este momento histórico, en el cual se pretende que la ciencia sea exclusivamente empírica y experimental.

Esto no puede ser.

Para nosotros la ciencia comprende un campo más vasto y fecundo; creemos que hay ciencias sagradas y ciencias profanas, luégo cada grupo de conocimientos ciertos y evidentes constituyen una ciencia especial dentro de esta división, siempre que puedan demostrarse directamente ó por medio de reglas y preceptos emanados del sentimiento religioso, moral y social. Así es, que entran también en la categoría de ciencias, aquellas facultades que no pueden sujetarse á una demostración práctica y experimental; pero de ellas hay reglas y certidumbre en los principios fundamentales en que se apoyan. Hé aquí porque decimos ciencias filosóficas, ciencias jurídicas, ciencias administrativas, ciencias psíquicas, ciencias teológicas, ciencias exactas, ciencias naturales, antropológicas, biológicas, etc., etc. Siguiendo la opinión de autores respetables, diremos; que la *ciencia* es el conjunto de conocimientos que los hombres adquieren de las cosas como resultado de la razón y de la experiencia reducido á sistema. También decimos *ciencia de Dios*, que puede ser de *simple inteligencia* ó de *previsión* y de *preexistencia*.

El *arte* aun cuando lleve en sí una concepción elevada y profunda, no es la *ciencia*. El arte entraña un conjunto de reglas fijas é invariables, que conducen á practicar una determinada cosa. La ciencia representa un conocimiento metafísico de la naturaleza de las cosas, por cuya razón sus principios son *à priori*.

Así en las ciencias experimentales vemos siempre que la observación y el

estudio empírico preceden á los preceptos, axiomas y leyes que constituyen sus fundamentos metafísicos. Por práctica y empírica que sea una ciencia en las funciones primeras, tiene sus bases en la metafísica, sin la cual no podría elevarse á la sublime categoría de ciencia.

Los antiguos decían que la ciencia es un conocimiento de las cosas por sus causas: *Scientia est cognitio rerum per causa*.

Para el gran filósofo cordobés, Séneca, la sabiduría enseña la naturaleza de Dios, lo que son los infiernos, los lares y los gemidos, qué es del alma después de esta vida, donde mora, qué hace, qué puede y qué quiere.

Concretándonos á la filosofía como ciencia primera, Plutarco la definió diciendo, que era un conocimiento claro y cierto de las cosas divinas y humanas. Opinión que siguieron Cicerón, Clemente Alejandrino y Orígenes.

La ciencia lleva en sí una circunstancia especial, que la señala y distingue, pues, siempre busca el *por qué* de las cosas. Esto la separa de la *opinión*, que generalmente está basada en *probabilidades* más ó menos aceptables.

En una palabra; la ciencia contiene en sí la certeza y no admite duda alguna sobre sus leyes ó principios fundamentales. Así, pues, la ciencia en su genuina acepción, ha de ser un conjunto de verdades ciertas y evidentes, unidas y enlazadas entre sí para dar á conocer uno de los múltiples ramos del saber humano. Y como todos los conocimientos que atesora la humanidad se hallan entre sí relacionados constituyendo un organismo completo, de aquí resulta cierto conjunto que se puede llamar *ciencia universal*.

Sentados estos superficiales preliminares, diremos, que es innegable que los descubrimientos en las ciencias exactas, físicas y naturales se suceden todos los días, modifican las teorías, cambian los sistemas y destruyen muchas veces las hipótesis, notándose en ocasiones un completo desequilibrio, un desacuerdo en su esencia que turba la armonía entre las escuelas militantes, según que domina este ó aquel principio fundamental. Si fuera dado conocer con perfección todas las leyes que Dios imprimió á la materia, si pudiéramos apreciar cual corresponde la naturaleza y magnitud de este agente misterioso á que está subordinado el *substratum*, quizá nos sorprendería que las leyes empíricas no son tan sencillas como creemos, que los fenómenos ó caracteres de que aquél está dotado representan distintas manifestaciones, y que las *fuerzas* ó *FUERZA*, que no conocemos, constituyen el volumen, la figura y el peso de los cuerpos. Estas indicaciones se mirarán probablemente con desconfianza; pero se afirman y adquieren solidez con el descubrimiento de nuevos elementos químicos como el davyum, la solidificación del oxígeno y el hidrógeno, la disociación, el estado radiante, la nueva figura y forma que adquieren los cuerpos bajo el influjo de una intensísima presión, y sobre todo la controversia que en el día

llama la atención de los sabios acerca la hipótesis de Lamarck, Darwin, Wigand, Hartmann, Prel, Pfaundler, Spencer, Comte, Littré y otros ilustrados profesores. Las creencias científicas de los sabios muy raras veces se modifican. Las ciencias teóricas no tienen aquel prestigio que alcanzaron en otros tiempos, y hoy no les sería posible marcar el camino que debieran recorrer los que corresponden á la atenta observación y al orden experimental. El conocimiento

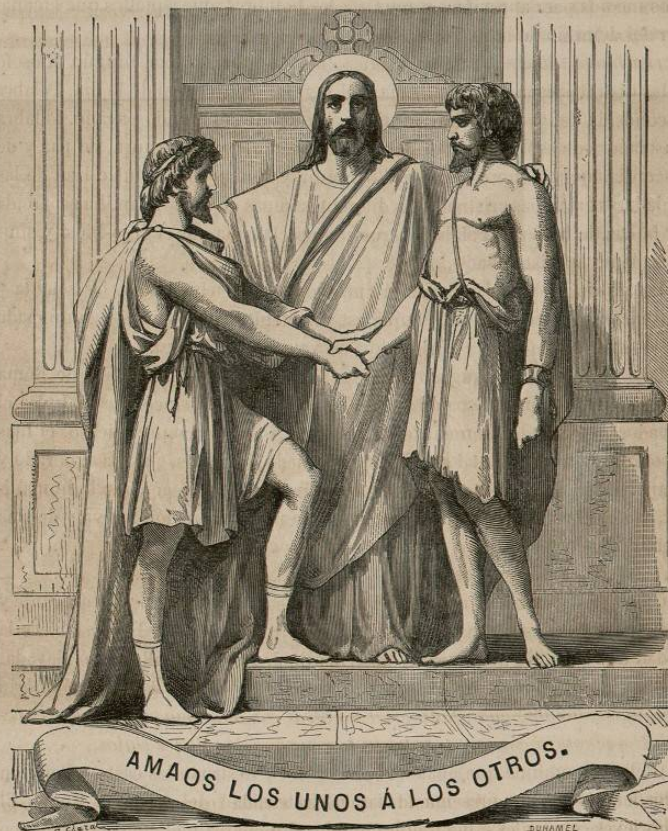


Nacimiento de Jesucristo.

de los fenómenos que presenta la naturaleza á cada instante, no es la *ciencia* de las leyes constantes é invariables que los dirigen.

La humanidad se propaga por una generación continua, según el sagrado precepto del Génesis; la naturaleza contempla como aparecen y desaparecen las primeras generaciones, que se perpetúan fijas é invariables en cada especie de un modo indefinido, y el tiempo viene á medir sus fuerzas respectivas. Así está dispuesto por Dios desde la creación. En esta marcha majestuosa al través

de los siglos, nada ha cambiado, subsisten inquebrantables las verdades bíblicas, sin que hayan producido *conflicto* alguno ni alterado las bases del derecho y de la moral, ni mucho ménos el orden de los fenómenos de la



naturaleza que obedece á leyes inmutables, todas estas evoluciones filosóficas, todos estos adelantos de la experimentación de las diversas escuelas en las épocas y países cuya historia estamos recorriendo.

La ciencia entre los griegos alcanzó su apogeo, el helenismo imperó entre

los sabios y la mitología avasalló una gran parte del mundo. Aquella perdió su brillo, éste se vió en el mayor desprecio, y la tercera murió por su falso origen. La antigüedad pagana desconociendo, y, tal vez, desdeñando la unidad humana, aceptada en principio desde las primeras civilizaciones, no pudo conocer otros medios para aproximar y reunir á los hombres, que aquellos que emanaban del dominio de la fuerza.

¡La humanidad!... Palabra mágica, no pronunciada por ningún filósofo de las distintas escuelas de la India, del Egipto, de Grecia ni de Roma. Palabra desconocida de los legisladores antiguos, ignorada del mundo pagano. Palabra consoladora de esperanza y de fe divina, de amor y de ternura, de paz y de concordia, que siempre ha querido reunir y reúne por el dulce lazo de las verdaderas creencias cristianas las diferentes ramas de la gran familia esparcida por la haz de la tierra. Palabra sacrosanta proclamada por el Hijo-Dios, y simbolizada en la cristiandad.

Las glorias de David y Salomón vuelven otra vez triunfantes, las setenta y dos semanas de Daniel están cumplidas, y la plenitud de los tiempos anunciada por los Profetas de Israel, ha llegado á su venturoso término.

Bajo el reinado de Augusto y á los 732 años de la fundación de Roma y 38 de la Era llamada Española, nació en un olvidado rincón de la Judea el Salvador del mundo, anunciado de los Profetas. Este acontecimiento, el más importante y trascendental que han presenciado los siglos, pasaba ignorado y desapercibido del pueblo conquistador; empero vino á regenerar la humanidad, y á colocarla en el verdadero camino de una civilización nueva y de una libertad imperecedera.

Cristo predica una Religión sublime, practica una moral pura y edificante y proclama que todos son hijos de su Padre. Con la unidad de Dios establece la unidad de la familia humana. La doctrina de Jesus es sencilla, pero elevada, conmovedora y santa; está al alcance de todos. Dios *es uno; todos los hombres son iguales; amaos, pues, los unos á los otros como os ama vuestro Padre celestial, que estará con vosotros hasta la consumación de los siglos.*

¡Religión sublime que abate las jerarquías y destruye las castas; Religión augusta que proclama la igualdad y la fraternidad del humano linaje! El hombre y la mujer, el sabio y el ignorante, el monarca y el ciudadano, el rico y el pobre, el banquero y el menestral, el hombre del campo y el que bulle por las ciudades, todos somos hijos de Dios, todos somos hermanos. Y aquel culto grosero y mundanal, ensangrentado por cruentos sacrificios, donde se inmataba cuanto de más caro y entrañable tiene el hombre, que son sus propios hijos, desaparece ante la sublimidad de las máximas santas que se

reflejan en la luz divina que sale de los purísimos labios del Hombre-Dios. La confraternidad universal es el consuelo de la humanidad, y la ciencia se ha encargado de demostrarlo en el campo de la especulación, cuando la fe cristiana no ha sido bastante para conseguirlo.

En vano se esforzarán los extraviados utopistas para hacernos ver que el Cristianismo proviene del mazdeísmo y del budhismo.

La moral de los discípulos de Jesús es más pura y edificante que los preceptos del brahmanismo. El budhismo y el mahometismo podrán, si se quiere, tener sus primeras fuentes en el Asia; pero el Cristianismo tiene su origen en la santa revelación hecha á Moisés.

La antigüedad del judaísmo alcanza á los tiempos fabulosos, y los hebreos con el nombre de *hycos* conquistaron el Egipto. El origen divino de la Religión de Moisés se demuestra con la prohibición que el Señor dió á su pueblo desde el monte Sinaí: *Yo soy el Eterno, tu Dios; no tendrás otros dioses en mi presencia.*

Pretender que la secta budhista que propagaba su sistema religioso 500 años antes de J. C. tenga los diez mandamientos y otras filiaciones con el Cristianismo, es conceder de una manera formal, que aquellos sacerdotes conocieron los libros del Profeta hebreo. En el Cristianismo Dios es un Sér personal, in-creado, superior á todo cuanto existe y que la razón conoce primero.

¿Ni cómo puede hallarse este parentesco radical, cuando el budhismo es ateo? En la *buena ley*, que es el libro fundamental de las creencias budhistas, falta la base primera, el punto capital, que es la idea de Dios. En la teodicea está el panteísmo brahmán de donde ha tomado origen y vida, el cual quiso combatir Sydbartha Catyatinha, fundador del budhismo.

Los israelitas ocupaban el Egipto desde los tiempos de Abraham y desempeñaban los puestos más distinguidos. Sólo Moisés, inspirado por Dios, pudo regenerar á su pueblo.

El dogma cristiano como revelado, será definitivo y contemplará sin inmutarse las evoluciones de la filosofía y de la ciencia experimental y de observación; porque las verdades reveladas por la Divinidad son inaccesibles á la razón. Las ciencias exactas, físicas y naturales sólo enseñan las leyes y preceptos ordenados por el SÉR SUPREMO, y descubiertas por el entendimiento humano.

Estúdiense todas las civilizaciones que propagaron los Acadios y después los Aryas y los Escitas por las cinco partes del globo, y en ninguna se reconoce de una manera terminante la levantada y sublime idea de la *humanidad*. Sólo el Hijo-Dios vino con ella á fundar uno de los santos preceptos que encierra la moral cristiana.

Se pregunta por los materialistas y positivistas, si el Evangelio es una

revelación milagrosa, y si el Cristianismo procede de Dios ó de los hombres. Claro está que siendo revelado procede de Dios. Sócrates y Platón fueron filósofos, sus opiniones y doctrinas han seguido la marcha del progreso humano; pero la Religión de Cristo no cambia ni se modifica porque la ciencia haga sus conquistas, y vaya conociendo, si bien de un modo lento y paulatino, las leyes que Dios comunicó á la materia en sus distintas manifestaciones. La ciencia de la historia podrá descartarse de todo aquello que no le cuadre, ó mejor, de cuanto está fuera del sistema especulativo y de los intereses morales de su autor ó de su escuela; pero á este derecho indisputable que nosotros reconocemos, se sigue el *deber*, que no dudamos se nos concederá también, de respetar nuestras creencias por lo que corresponde y está consignado en los Sagrados Libros y cuanto nos enseña la Iglesia católica.

¿Estará nuestra generación pervertida? Bien ha dicho el señor Schleiden; «Que el materialismo actual no es el fruto de la ciencia, sino la antipatía organizada en sistema contra todas las religiones.» Prosigamos, empero, nuestra tarea en el campo de la historia.

Tiberio sucede á Augusto y su tiranía y perversidad enaltecen á Octavio. A los diez y nueve años de su reinado y setecientos ochenta y cinco de la fundación de Roma, tuvo lugar el gran misterio de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. De aquel madero sacrosanto, emblema triunfante del Cristianismo, partieron los doce discípulos, que cual profundos legisladores se extienden por la tierra para predicar una Religión de paz y mansedumbre, separando el error de la verdad.

Las catacumbas de Roma, criptas sagradas que sirvieron antes de enterramientos, oyen la sublime é inspirada doctrina del Crucificado, que muy pronto se propaga por todas partes con ardoroso entusiasmo y santo fervor. El Olimpo con sus dioses de piedra y metal se ha estremecido ante el poder de aquel Niño desnudo, arrullado en Bethlén por el cántico de los ángeles. Es que el mundo se rejuvenece, y una nueva civilización viene á derribar el desmoronado edificio del grosero paganismo. El Thais (Omega) postrera letra de los griegos y el monograma de Cristo (Xptus), aparecen esculpidos en aquellos subterráneos.

El poder de los emperadores romanos era ilimitado, pero precario; el exceso de este mismo poder les conducía al desvario y al crimen. Todos ellos fueron tiranos y no reyes, y los abusos, las demasías y horrendas crueldades destruyeron el imperio. La noble asamblea, olvidando su levantada misión, estuvo degradada bajo el cetro de Tiberio, y la juventud consagrada á la filosofía, á las letras ó á la magistratura, con una educación superficial y hasta pedantesca, descendía al vil oficio de miserables delatores.

Roma, pues, embriagada con los placeres y la molicie había perdido sus instintos belicosos y sus arranques guerreros. Los ciudadanos se habían convertido en sibaritas y las damas en impuras meretrices. Las sectas paganas luchaban con su agonía y desesperación; sus templos dedicados á los falsos dioses amenazaban ruina; se destruían los altares; dispersábanse los pontífices;



Llegada de Israel á Egipto.

y el politeísmo que confundió la piedad con el sentimiento nacional, cayó en menosprecio para terminar pronto su inminente ruina.

La púrpura de los Césares había perdido su brillo deslumbrador, la toga del magistrado se convirtió en el grosero sayal que cubría las víctimas, y los excesos, las tropelías y los crímenes alcanzaron el último eslabon de la cadena de las más enormes atrocidades. El manto de Augusto sirvió para cubrir horrendos sacrificios y espantosos asesinatos. Calígula ávido de sangre, sobrepujó

con sus crueldades á Tiberio, y muy pronto desaparecieron las horas felices soñadas durante los siete primeros meses de reinado. Claudio su tío, fué el juguete de los poderosos, y su imbecilidad lo condujo á la tiranía. Los sangrientos horrores de Nerón, el incendio de la Ciudad eterna, sus ridículas farsas teatrales y su cobarde y repugnante suicidio, consolaron por un momento al Senado romano. Los suplicios de Galba y la derrota de Othón en Bedriaco abrieron el camino á Vitelio, cuya gula y ferocidad indicaron que su reinado sería desgraciado. Los peculados y homicidios de Domiciano, los infernales tormentos inventados por Caracalla, las monstruosidades de Heliogábalo, la feroz tiranía de Máximo y tantos otros como mancharon aquella púrpura antes tan temida como respetada, hicieron que el imperio romano se ahogara en el embrutecimiento de la orgía, de la crápula y del asesinato. De nada sirvieron las virtudes de Vespasiano, la filantropía de Tito, ni la prudencia y rectitud de Trajano; de nada sirvieron la clemencia de Nerva, ni las morigeradas costumbres de Antonino y Marco Aurelio. La hora fatal había sonado para la soberbia Roma, y atónita cayó exánime entre el hierro y la matanza de los pueblos, que para huir de su feroz tiranía se habían concentrado en los límites de Europa.

El Cristianismo durante los primeros siglos de su propaganda sufrió terribles persecuciones. El Dios de Israel guiaba la flotante nave entre lagos de sangre, y la humanidad se regeneró domeñando todas las sectas filosóficas. Aquel sentimiento de admiración y curiosidad entre los filósofos de Oriente, pronto cambió en interés y desconfianza, y todos pretendieron interpretar y discutir los sagrados dogmas del Evangelio. Empero en el Occidente se despertaron las pasiones aguijoneadas por la política, considerando las nuevas doctrinas cristianas contrarias á la humanidad, innovadoras y revolucionarias. El paganismo romano, hijo, tal vez, del helenismo, buscó su apoyo en antiguas tradiciones, y los filósofos con sus sutilezas y la aristocracia con sus privilegios, aspiraron á sostener las desprestigiadas sectas, no como creencia fundamental encarnada en la conciencia humana, sino como religión de Estado. Las falsas creencias se hallaban heridas de muerte, la moral y la virtud no existían y la sociedad romana próxima á su ruína. El Cristianismo hijo de Dios y encarnado en el cielo, vino á sellar con la sangre de innumerables mártires la verdad del elemento civilizador, que en vano se pretendió buscar entre tiranos embrutecidos, patricios sin dignidad, filósofos sin fe y plebeyos sumidos en la más asquerosa abyección. El Evangelio sostenido por los germanos cambió bien pronto la faz del mundo romano. Desde Celso, Porfirio y Juliano han pasado muchos siglos y generaciones; han variado por completo las teorías é hipótesis para explicar los fenómenos de la naturaleza; los pueblos

y las instituciones políticas han sufrido mil alternativas y metamorfosis; las costumbres son otras; las escuelas filosóficas materialista, positivista y atea no han cesado ni un solo instante de hostilizar de un modo más ó menos embozado y con nombres distintos la Religión de Cristo; todas las argucias y sutilezas imaginables, ya en el campo de la abstracción ya dentro el terreno experimental, se han puesto en juego para ahogar el Catolicismo; hoy no hay más que católicos y materialistas; cuya secta positivista ó unicista, representa la última fórmula de la filosofía incrédula; y es la verdad, que al recorrer los postreros años del siglo XIX, el Catolicismo sigue triunfante y victorioso en todos sus dogmas, á pesar de la guerra que se le hace bajo la égida de la ciencia experimental.

¿Cómo desconocer las preeminencias celestiales de la Religión del Crucificado? Basta recordar que Cristo hizo que el sacerdocio fuese igual para todos sus hijos, y á él pudiesen aspirar todos los hombres aboliendo las castas y los privilegios. Desterró de los altares las víctimas humanas sustituyéndolas por el santo sacrificio de la Misa, que recuerda y conmemora su sagrada Pasión y muerte para redimir á la humanidad.

Roma, pues, enervada por sus desvarios sensuales, por la corrupción y por el vicio, aceptó, al fin, el Cristianismo, y buscó en la pureza de su doctrina la fuerza de vitalidad, que no habría encontrado en la tiranía y desenfreno de sus tiranos y de sus emperadores.

La Era de Diocleciano había pasado entre lagos de sangre, sus sucesores siguieron en aquellas destructoras persecuciones, y muerto Maximino y después Licinio, el imperio quedó otra vez potente y vigoroso bajo el cetro de Constantino. Las continuas y desgarradoras luchas habían terminado por de pronto, y el nuevo Emperador avisado por el cielo, ó siguiendo una política opuesta á la de sus antecesores, aconsejada por Osio, obispo de Córdoba, ó tal vez inspirado por su conciencia después de haber oído á aquel santo y docto prelado,—que parece lo más natural,—se declaró cristiano y puso á su inmediata protección la fe de Jesucristo. La *Cruz*, símbolo sacrosanto de la redención, pasó del ignominioso Gólgota á la enseña vencedora que guía desde entonces los ejércitos á la victoria, y brilla refulgente sobre las sienas de reyes y emperadores.

El signo de los cristianos era el glorioso emblema de los poderes constituidos, por todas partes se elevaron oraciones al Padre y Creador omnipotente en nombre de Cristo crucificado; la cristiandad se extendía esplendorosa por Oriente y Occidente inculcando en la conciencia humana el sentimiento íntimo de la santa verdad. La fe, la esperanza y la caridad reemplazan á la duda, á la vacilación y al temor; la igualdad y la fraternidad universal dispiertan en los

hombres sentimientos levantados y dignos; la depravación, el cinismo y el orgullo se sustituyen por la humildad, la resignación y el amor recíproco; el misterio, la impostura y la corrupción se ven eclipsados por la doctrina, la predicación y el culto, donde todos imploran con plegarias á la Providencia divina. El espíritu civilizador, la moral y la oración se unifican en la unidad de la fe cristiana y en el conocimiento del Hijo-Dios. Las ciencias todas, des-



Los primeros discípulos de Jesús.

pués de mil encontradas vicisitudes y del torbellino de las escuelas griegas y romanas, vinieron á condensarse en la escuela alejandrina, cuando apenas se percibían algunos leves fulgores de aquel resplandor durante el reinado de los primeros Ptolomeos, poniéndose más tarde bajo la dirección de filósofos cristianos.

Ya nos será posible vislumbrar que la *ciencia* propiamente dicha y tomada en sentido general y abstracto, tiene un origen mucho, muchísimo más

antiguo que la existencia de los dos primeros Lagidas en Egipto; es decir, de Ptolomeo Soter y su hijo Ptolomeo Filadelfo. La famosa Biblioteca Alejandrina que formaba parte del Museo, que el primero había fundado y el segundo impulsó extraordinariamente, no fué ni pudo ser *el origen de la civilización moderna*. La ciencia cual entonces se comprendía, existía en Oriente, y el estado de prosperidad en que se hallaba cuando las conquistas de Alejandro ofrece una prueba irrefutable. El desarrollo progresivo fué obra de los siglos, sus diferentes escuelas hijas de la especulación razonada, y su condición práctica y experimental producto inmediato del tiempo y de la constante



Cristianos en las catacumbas.

y repetida observación de los fenómenos naturales. El Museo abrió también su seno á todas las escuelas griegas, y con especialidad á las de Aristóteles y Zenón. *La cuna, pues, de la ciencia moderna no puede encontrarse en la Biblioteca Alejandrina*, como sostiene el señor J. W. Draper.

El Cristianismo venía ejerciendo de un modo visible su santa y levantada misión. Mejorando la parte moral favorecía el estudio y alejaba de la sociedad humana las falsas creencias, que usufructuaban la ciencia y el poder civil. Sosteniendo la igualdad de origen demostraba la igualdad de las almas, su redención y su fin. Las sectas paganas fueron individuales, eran creencias de

raza, de pueblo ó de familia. La Religión de Jesucristo era la Religión de la humanidad. De este modo el dogma cristiano proclamó la santa ley de la igualdad política y religiosa, enseñó al hombre el estudio legítimo y progresivo del gran libro de la naturaleza é impulsó los goces y placeres sociales santificando y enaltecendo el trabajo y amparando con su glorioso manto la industria, las artes nobles y las manufactureras, los oficios, la agricultura, el comercio y con especialidad el sentimiento estético. El Cristianismo fijó de un modo definitivo la unidad del linaje humano como descendiente de un padre comun, y separó con la mayor escrupulosidad lo que pertenece al orden religioso de aquello que es propio y peculiar de lo político y del poder civil. Lo primero corresponde á nuestro interior y lo segundo al exterior.

Roma había corrido todas las fases y vicisitudes de la vida de los pueblos. Guerrera y batalladora gozó del poder y de la gloria; jurisperita y dominadora se ahogó entre riquezas y placeres; era poderosa, grande y reunía en su seno la vida artística y monumental de muchas naciones. Preciso era, pues, que descendiera del pináculo y viera caer á pedazos su ambición guerrera y su soñada monarquía universal. ¿Qué nos recuerda la historia de Roma hasta el Cristianismo? Una lucha incesante, una serie de invasiones no interrumpidas durante siete siglos, para declararse señora del mundo, abusando casi siempre de la astucia ó de la fuerza que era para ella su suprema ley. Sólo el Cristianismo conservaba la unidad de miras, extendía sus conquistas y derramaba con profusión la sangre de sus mártires para que se transformara en semilla fructífera de fervorosos creyentes.

Constantino había abrazado el Cristianismo, sin que por ello dejara de dirigir una mirada á los paganos, siquiera fuese política y recelosa. Su conducta probó de un modo indubitable que era cristiano de corazón, y estaba decidido á sostener y proteger la Religión de Cristo contra los errores de la idolatría. El Cristianismo no se separó ni un momento de su augusta y santa misión.

Las aspiraciones del Emperador se conocían sin grande trabajo, porque dictaba resoluciones decisivas en beneficio de los cristianos con lealtad y sin mistificaciones. Trasladó la metrópoli donde estuvo Bizancio, que se apellidó por algunos *nea Roma*, y por otros *Constantinopla* en honra y gloria de su fundador. De esta manera Constantino planteaba su nueva política sobre la base del Cristianismo, sin obstáculos ni inconvenientes. La muerte de Crispo su hijo, empañó la gloria de tan gran monarca, que supo sobreponerse á las circunstancias, dando la paz á la Iglesia cristiana.

En vano será que los incrédulos profanen con sus sarcasmos é inventivas la conversión del gran Constantino á la Religión de Cristo. Aquella *Cruz* que apareció en el aire, emblema triunfante de la redención, aquellas palabras

IN HOC SIGNO VINCES: *con esta enseña vencerás*, le hizo abrazar la nueva Religión á pesar de la influencia de Licinio su rival y co-emperador.

Y después de las disposiciones adoptadas para proteger el Cristianismo y anular poco á poco á los paganos, dejando á los idolos sin alhajas ni adornos para socorrer con su valor á los pobres y menesterosos, publicó aquel célebre Edicto, en cuya conclusión se leen los párrafos que siguen: «Por lo demás, nadie se propase á cometer tropelías con los otros, dejándose llevar de sus particulares sentimientos, sino ayude cada uno á su prójimo como mejor le diere Dios á entender, y si esto no pudiere, déjelo. Porque una cosa es emprender voluntariamente la defensa de la verdad peleando por la inmortalidad, y otra forzar á abrazarla con el terror de los suplicios. He dicho todas estas cosas, y disertado sobre ellas con mayor amplitud y prolijidad de lo que pedía el propósito de nuestra mansedumbre, *porque no quería ocultar ni disimular la verdad de mi fe*, principalmente cuando algunos, según llega á mis oídos, dicen que han sido completamente arrancados los ritos y ceremonias de los templos y la potestad de las tinieblas. *Esto ciertamente aconsejaría yo á todos los hombres si esta conspiración y rebelión violenta del perverso error, para ruina y perjuicio de la reparación del género humano, no estuviera demasiado arraigada en los ánimos de algunos.*» (Traduc. de Eusebio).

Los hijos de Constantino siguieron las huellas de su padre, prohibiendo los sacrificios, la adoración de los dioses del Olimpo y todo ejercicio que recordase de una manera más ó menos directa el paganismo. ¿Y se dirá después que el gran Constantino no profesaba el Cristianismo con verdadera fe y de todo corazón?

El reinado de Constantino, diga lo que quiera el Profesor de Nueva-York y su escuela, fué para los cristianos una luz bienhechora que duró treinta años, y al apagarse dejó imágenes imperecederas y principios trascendentales.

Las ciencias comenzaban á sacudir su antigua y opresora tutela, se conoció la necesidad de separar la ciencia sagrada de la profana, y al realizar esta separación no hubo *conflicto* alguno, sino que ambas siguieron sus progresivos caminos para realizar sus fines en la humanidad.

De suerte que el Cristianismo ganaba el corazón de aquellos desgraciados entre inauditas y sangrientas persecuciones, y apenas pudo salir de las misteriosas catacumbas por la protección de Constantino, cuando continuó afanoso sus trabajos de predicación.

La Iglesia de Jesucristo jamás fué ni ha sido hostil ni refractaria á los progresos de la ciencia experimental, si estos, lejos de pretender oponerse de un modo cauteloso á la verdad de sus principios dogmáticos, se ocupan de mejorar las condiciones físicas de la sociedad, sirven para aumentar la riqueza de los

pueblos, y se aplican á suavizar las fatigas y sinsabores de los hombres dedicados al trabajo. ¡Ah! El Catolicismo acepta de buen grado todos los adelantos, todos los perfeccionamientos de la ciencia y cuanto el hombre puede realizar en todas las esferas de su actividad, siempre que vayan encaminados al bien moral y á mejorar y enaltecer nuestra sociedad, por desgracia, tan materializada.

Hubo un tiempo en que el saber y la ilustración se encerraron en los claustros, y de ellos salió aquella luz regeneradora que debía iluminar la nueva vida intelectual de la humanidad. Los Pontífices y los Prelados protegieron con mano generosa los centros de enseñanza é ilustración, y el clero fué el último depositario de la ciencia y del saber. Si en esta época se registran errores, si la escolástica dominó las conquistas de la inteligencia, si descubrimientos ulteriores han demostrado aquellas malas interpretaciones, no fué que la Roma católica se opusiese al progreso europeo, ni que la Divinidad desaprobase los descubrimientos por creerlos vanos y presuntuosos, ni mucho menos que la Iglesia de Jesucristo hubiese sentado por precepto, *que en la revelación mosaica está la norma de la verdad y de todo cuanto Dios ha querido que supiéramos*, ni el ridículo absurdo, en fin, *que el clero no permitía que nadie le aventajara en ciencia*, como dice Draper en su *Historia de los conflictos*. Todos estos sofismas, todos estos dislates no son para discurrir, aclarar ó resolver determinados problemas; sino con el objeto de desprestigiar el Catolicismo, amenguando su influencia y valer, presentando á la faz de la humanidad al Sumo Pontífice como un elemento retrógado, perturbador y refractario al progreso de los pueblos y á los adelantos de la ciencia.

Del Catolicismo salieron cual faros refulgentes las antorchas luminosas que difundieron la luz de la ciencia moderna por todos los ámbitos de la tierra. Desde Morienus Romanus, ermitaño de Jerusalem, Alberto el Grande, Tomás de Aquino y Rogelio Bacon, el P. Francisco Suárez, Luis Vives, Bossuet y Fenelón, hasta el cardenal Wiseman, el P. Secchi, el P. Romano, monseñor Meignan, el abate Moigno y el P. Bosizio, han pasado muchas generaciones y muchos siglos, y durante los primeros destellos de la ciencia experimental sólo vemos al clero propagando con paternal solicitud los rudimentos de las ciencias modernas. Negar estas verdades sería la mayor de las injusticias.

La Iglesia católica ha predicado en todos los tiempos de su historia la unidad en la pluralidad, ha buscado en el orden la libertad, la justicia en la misericordia, la dignidad en el mérito y la felicidad en la virtud.

Cuando los hombres han perdido la libertad, ha dicho el mismo señor Guizot, la Religión se ha encargado de dársela.

Pretender explicar la civilización del humano linaje sin el concurso directo y eficaz de la Iglesia de Jesucristo, sería un imposible y hasta una temeridad.



Nerón presenciando el incendio de Roma.

Apenas el Cristianismo pudo respirar el aura vivificadora por la protección que le dispensó el gran Constantino, cuando el día 1.º de marzo de 311 se le permitió salir de las sagradas cuevas para cantar sus himnos de triunfo y levantar al Dios de lo creado templos de eterno reconocimiento, cuando pudo proteger directamente las ciencias y las artes, lo hizo sin reticencias, sin espíritu de especulación, sin atender á intereses mundanales y sólo para engrandecer y educar á la humanidad.

Perfeccionar al hombre en sus condiciones metafísicas y morales, ha sido en todos los tiempos de su historia su santa y augusta misión. Colocaos debajo de los majestuosos arcos de nuestras catedrales y basílicas, contemplad con el pensamiento el conjunto de bellezas que encierran y los sublimes recuerdos que evocan. Allí oiréis las grandiosas y celestiales armonías de Ambrosio, Gregorio y Guido de Arezzo. En la pintura veréis en todas partes reproducida la sublime idea de Dios y la creación, las glorias del Creador, y los padecimientos del Hombre-Dios hasta el sacrificio del Gólgota, todo representado en animados lienzos por el Peruchino, Rincón, Poussin, Miguel Ángel, Rafael Sancio de Urbino, Velázquez, Cerrachio, Cano, Murillo y tantos otros inspirados pintores. La arquitectura condensó en su inspiración católica el genio de Grecia, el romano, el gótico, el bizantino y cuanto de bello, elegante, majestuoso y sublime alcanza la humana inspiración. Y si el Renacimiento pudo unir el arte antiguo con el moderno, fué para buscar mayor pureza en el dibujo, corrección en el estilo y majestad y solidez en la construcción. La escultura representando á nuestro Salvador, á su Santísima Madre, á los santos y escogidos que ocupan los altares, despierta en el alma pensamientos grandiosos y recuerdos heroicos. Detalles minuciosos, grabados delicados, tallados graciosos y atrevidos en toda clase de maderas, relieves admirablemente ejecutados en hierro, cobre, latón, bronce y otros metales nobles, objetos de plata y oro, diamantes, perlas, piedras preciosas, grandes artefactos con aquellos mismos metales, tejidos de hilo de plata y oro, con sedas, lino y lana, bordados exquisitos, finos y delicados encajes, por todas partes tapicería, alfombras, cristalería, vidrios pintados, dorados primorosos, ricas porcelanas... todo cuanto han podido imaginar ó inventar de grande y esplendoroso las artes liberales y las artes manufactureras bajo el influjo mágico de las ciencias modernas, lo encontraréis en nuestras basílicas católicas en honra y gloria del Señor. ¡Ah! Bien puede decirse que son exposiciones permanentes, que el sentimiento católico sostiene para enaltecer la Religión verdadera en provecho y utilidad de las clases trabajadoras, para quienes el Catolicismo ha sido siempre el ángel tutelar y su áncora de salvación.

A la muerte de Constantino el imperio se dividió entre Constancio, Cons-

tante y Constantino. Los dos últimos murieron al poco tiempo. Magencio soldado oscuro, se hizo proclamar en Autun jefe supremo; Vetranión ciñó también la corona, y Flavio Popilio Nepociano vistió la púrpura de los cesáres. Todos estos pretendientes brillaron como meteoros, y la batalla de Mursa dió la victoria á Constancio, suicidándose Magencio al verse derrotado y desamparado de sus parciales. Galo fué asesinado entre sus amigos, y Juliano después de una lucha tenaz y porfiada con su pariente Constancio y habiendo éste fallecido, ciñó la diadema entronizando de nuevo la idolatría. Este Emperador se conoce en la historia con el nombre de *Juliano el Apóstata*.

Juliano soñaba levantar el paganismo y disfrutar de una vida material y disoluta. Sus ideas eran de otras épocas, pertenecían á un pasado que en vano quiso revivificar. El emperador-filósofo preguntó cierto día á Temistio: ¿á quién han aprovechado las victorias de Alejandro? Y deseó saber asimismo qué ciudad había sido mejor administrada, ó qué ciudadano había mejorado sus particulares condiciones. Juliano era filósofo de la escuela socrática; practicaba, no obstante, los preceptos de la doctrina de Cristo. Comparando la historia del emperador Juliano con los preceptos que hoy día sirven de fundamento á la antropología, se ve cuan erróneas son las deducciones de ciertos estudios modernos: el cráneo de este monarca ha sido clasificado de microcéfalo.

En los tiempos de este emperador se rehabilitaron los templos gentílicos, que Libiano favorecía con inusitado celo. La tradición egipciaca recordaba el fatal vaticinio de un oráculo antiguo; *Si alguna vez cae la estatua del templo de Serapis de Alejandria, la tierra temblará y se hundirá en el abismo*. La estatua fué derribada y el templo derruido. Todo quedó en reposo, y el Nilo continuó su curso natural enviando sus aguas bienhechoras para fecundizar aquel hermoso país.

Á Juliano el Apóstata, sigue Joviano, elevado al sólio por aclamación de las tropas, el cual volvió á restablecer el culto cristiano como en los tiempos de Constantino; pero bajó al sepulcro á su llegada á Constantinopla. Los jefes confieren el mando á Valentiniano, que murió de repente, y Valente en una batalla dada á los godos cerca á Andrinópolis. El imperio se colocó bajo la dirección de Graciano; pero conociendo la gravedad de las circunstancias por el poder de los ejércitos godos, asoció á la gobernación del imperio al valeroso Teodosio, hijo de Teodosio general experimentado que había conducido á la victoria á los soldados de Valentiniano.

Teodosio supo captarse las simpatías de los godos y destruir á los ostrogodos. Graciano mandó publicar la tolerancia religiosa, y murió en la rebelión de la Bretaña á manos de los soldados de Máximo el Usurpador; quien á su vez fué entregado á Teodosio para que con la cabeza pagara el atroz asesinato cometido con Graciano.

Teodosio fué activo y valiente, y conservó el imperio en medio de su decadencia. San Ambrosio le reprendió por su excesiva severidad en Tesalónica, castigó el tumulto de Antioquia, y por la intervención del obispo Flaviano y de San Juan Crisóstomo perdonó á esta noble y rica ciudad. Dignas son de eterna alabanza las santas palabras de un monje dirigidas á dos comisionados imperiales. *Por elevado que esté el emperador, dijo el santo varón, es siempre un hombre, y por consiguiente está obligado á considerar su naturaleza no*



Diocleciano.

menos que su posición. Aquellos á quienes manda son lo mismo que él, imágenes del DIOS SUPREMO; guárdese, pues, de provocar al Todopoderoso, destruyendo las imágenes vivas de la naturaleza divina, para vengar una afrenta hecha á las imágenes inanimadas de su cuerpo. Es fácil sustituir otras estatuas á las derribadas; pero por grande que sea su poder, de tantas vidas como quita, no podrá devolver una sola. Teodosio había reunido bajo su cetro todo el mundo romano, y dividió el imperio en dos; el de Oriente y el de Occidente. Dió el primero á Arcadio y el segundo á Honorio, que eran sus

dos únicos hijos. Murió en las fiestas que se celebraban en Milán para enaltecer á Honorio en su advenimiento al trono occidental.

Los nuevos emperadores comienzan su augusta misión en edad temprana, y en circunstancias bien difíciles. Arcadio apenas cuenta diez y ocho años, y su tutor es el tímido y ambicioso Rufino. Honorio tiene solos once, y se halla bajo la tutela de Estilicón, hombre valeroso, pero amante de riquezas y placeres.

Tribus extranjeras ocultas en los helados desiertos del Norte, se habían precipitado cual impetuoso torrente sobre el mediodía. Los francos, los sajones, los lombardos, los alemanes, los godos, los vándalos y los hérulos, cayeron



Constantino.

cual nube de fuego sobre el imperio romano. Estilicón los derrotó bajo los muros de Verona. Alarico su jefe retira el ejército á Grecia para rehacerle; invade de nuevo la Italia y sufre otra derrota. Honorio separó á Estilicón de su gracia, licenció á los soldados veteranos y Roma experimentó los azares de dos sitios consecutivos. El hambre diezmo á sus moradores, el Senado dispensó su protección á Atalo, y Honorio degradado y sumiso, recibió de nuevo las insignias imperiales por gracia de Alarico.

La hora fatal del exterminio había sonado para la soberbia Roma, y el 24 de agosto del año 410 y 4163 de su fundación, entró el godo triunfante en la ciudad de los Césares; extraños pendones ondean en la cúpula del Capitolio. El